

C
V
M
A
N
A

María García
Esperón

CVMANA

Poesía

MARÍA
GARCÍA
ESPERÓN
MMIX

Cumana

© María García Esperón

México, D.F.

1ª. edición, 2009

CVMANA

Según la leyenda, Apolo prometió a la Sibila Cumana cumplirle cualquier deseo a cambio de su amor.

Ella le pidió poder vivir tantos años cuantos granos de arena pudiera sostener en la palma de su mano.

Olvidó pedirle al dios la eterna juventud, que Apolo le ofreció a cambio de su virginidad. Al negarse ella, los años hicieron su tarea y la Cumana comenzó a envejecer y resecarse, hasta parecer una cigarra y permanecer encerrada en una jaula suspendida en el templo de Apolo en Cumas.

En esta condición su único deseo, nunca satisfecho, era morir.

Otra leyenda la presenta como una mujer anciana que ofrece los nueve libros de Apolo al rey Tarquino Prisco por una suma exorbitante.

Al negarse el rey a adquirirlos, ella quema seis de los libros y regresa pidiendo por ellos el mismo precio. El rey los compra y los volúmenes son depositados en el Templo de Júpiter en Roma para ser consultados en situaciones de emergencia.

Los Libros Sibilinos ardieron en un incendio en el 83 a.C.

Se hizo una compilación que fue destruida en plena época imperial, al inicio del siglo V.

I

Heridos sus ojos

de azul.

Encarnada

en el blanco

esqueleto

del templo.

El alma

incendiada

y la cabellera

al viento.

Es tanta la sal

de Cumas

que a la sal

pide dulzura

y el agua

se devuelve

en incesante

manar

de un cuerno

inagotable.

Ella no tiene

la culpa.

Ni siquiera
ha pedido ver
al dios.
Pero el divino
desciende
de su carro
de oro
y adelanta una pierna,
la derecha.
Y sonríe.
La reclama a su lado.

Ven.

Aquí, en el templo
a mí dedicado,
por mí construido
con sus huesos
de oro
y su mirador
de estrellas.

Ven,

la noche
envuelve a los deseosos.

Y todos sabrán
que en el templo,
esta noche
ha acaecido
la celeste hierogamia.

La terrestre.

La única.

La que beneficia
al tiempo
y hace crecer
las mieses
y susurrar
las voces
de los mares
siempre proclives
a apagarse y
desfallecer.

Ven.

Aquí, bajo el cielo
de Cumas
terrestre amada
efímera y mortal
como tus hermanas

proclives siempre
a ennegrecerse
y volverse tierra
encerrada en las órbitas
de lo que fue
la riente mirada.

Pero hoy todo es luz.

De mí emana
y en el cielo
se agolpa
hasta el ocaso
que también es luz
pues envuelve
las alas
de mi regreso.

Volveré memorioso
de ti.

De la mortal,
la terrestre,
la Cumana.

II

¿Qué me darás a cambio?

El dulce don
de la profecía,
hermana.

El saber de las palabras.

La vuelta del destino.

La tristeza
del futuro encanecido
que es ancianidad

adelantada
y rictus sabio
pero rictus.

¡Triste don!

Don al cabo.

Si tú no quieres,

te daré nada...

Ven.

El resplandor
cresta el dorso
de las olas.

En el blanco mirador
de las columnas
descansa tu ardiente
planta.

Y la túnica
de lino de Cos
temblará
como luz tejida
en los telares
tenues
de las Horas,
hijas de Zeus,
mis hermanas.

La profecía...
El saber adelantado
de los posibles
sucesos:
de los pasos
de las fieras
en brama
o en muerto
que es otro
celo

más hermoso todavía.

La muerte....

Quiero algo más.

Quiero vivir

muchos años,

tantos

como los granos

de arena

que tengo aquí

en la palma

cerrada

como un arca

amarga.

Sea.

¿Y la profecía?

También la quiero,

¿quién no desea

saber

aunque

se incendie

el alma?

III

Ya está hecho.

Eres sabia.

Eres profeta

y longeva,

hermana.

Ven.

Yaceremos juntos

como dos mieses,

como dos olas,

como dos llamaradas.

Mi luz no ha de quemarte

porque la tuya

mortal

oscura

térrea

opaca

la mía

divina.

¡Cómo te necesito

hermana mía

Cumana!

IV

Llena de luz
de luz plena
con las riendas
doradas
del deseo
en las manos,
también doradas
de sangre
ardiente,
la Cumana
se siente diosa
se siente dueña
y sueña
por un momento
que ella
y no él,
que ella
es la diosa.

¿No le ha dado ya
el tremendo don
de la profecía?

¿No la ha hecho ya
inmortal de arena
con esos granos
que aún entibian
su dulce palma?
Y comienza a ver
como en marejada
las imágenes
futuras,
las no sucedidas
las que orbitan
en mundos distantes
para al fin llegar
como aves blancas
a hacer su nido
en este mundo
en esta playa
cumana.
Atisba imperios
y lanzas
y horcas
y espadas.

Mira cadenas
pero también
pórticos
de leche
marmórea.
Y columnas
de humo
que escriben
en el cielo
de derecha a izquierda
y de izquierda a derecha
como un buey
que labra la tierra..
Deja para después
la lectura
de humo
y se siente poderosa
de futuro.
Del dios no quiere
ya nada.
Aunque sea rubio.
Aunque su aliento
trascienda

la ambrosía
de su alimento.

Aunque sea
hijo de Zeus.

¿No es ella
hija de la Tierra?

¿No ha nacido
en el vientre
de Cumas,
esa cueva?

V

Apolo.

Apártate de mí.

Deja tu abrazo

para

las mujeres

árbol

las mujeres

día

las mujeres

agua.

Yo

Soy

Negra

soy

tierra.

Soy

cueva

cumana.

VI

El dios la aparta
con una mueca
que no tienen
sus estatuas.

Sabe que su dar
es inevitable.

Que su palabra
es, como él,
verdad,
ALETHEIA.

VII

Enmarcada
en las columnas
del templo
la mirada
del divino
es mar aciaga
tempestad solar
tormenta furiosa
de luces.

Los ojos se hacen a la mar.
El rostro se borra en el éter.

Es dios.

Numen.

Terror.

Inmisericordia.

Silencio de oro cruel.

Era lluvia amorosa

en el instante

de la dádiva.

En el desprecio

es descarnado,

inflexible

y no vale
abrazarse a sus rodillas
ni tocarle la barba
en gesto de suplicante
como hizo Tetis
desde el fondo del mar
con el ceñudo rostro
del Padre Zeus.

Embebida
en las imágenes futuras
soñando con lo no sido
la Cumana
no alcanza a comprender
la Ira
de la deidad
veneranda.

Ira
que es diosa
por sí misma
la que no puede
verse
encarada.

VIII

Suspendida,

Colgada

de la

cueva,

la Cumana

enjaulada

en el futuro.

Ya no

en las imágenes

sino

en su inflexible

suceder.

IX

Sueña

que es la guardiana
de la solar
sabiduría,
de los libros de oro
que Apolo escribió
a través de su cálamo.

Lleva los libros
de templo en templo,
de rey en rey,
de día en día
en el inacabable
futuro
de su rara
interminable
inflexible
inmortalidad.

X

Sueña que nadie los quiere.

Que nadie le compra
sus libros.

Los libros.

De Apolo las palabras
son despreciadas
como ella

hace tantas memorias
despreció su abrazo
e ignoró su enojo.

Ignora

que Apolo inspira
a los reyes
y les pone el

no

en la boca

y amarra la bolsa
de sus dineros

para que no se los den
a la Cumana.

XI

Sueña el último rey.

Es un guerrero

curtido

en batallas

que será largo

de sangre romana.

Sueña que ella,

la Cumana,

es joven

bella

y lozana

como en las lejanas

memorias

soñadas

del templo,

la arena inmortal

y la profecía.

XII

Pero el rey no sueña.

Mira

con ojos fríos

a la desdentada

anciana,

pájaro

atroz,

cigarra

memoria

olvidada

en que se ha convertido

la Cumana.

XIII

Quiero morir,
dice a los niños
romanos
que a veces
por travesura
entran
en la cueva
cumana.

Ellos le preguntan

¿Qué quieres?

Y ella contesta

Monocorde

Invariable

Cenicienta

y áspera:

Quiero

morir.

XIV

El divino la mira
desde su propia
columna de olvido.

Él también ha sido
cubierto
por el Tiempo.

Pero mientras ella

se consume
en la vejez,

la oscuridad
y la ceniza

acumuladas

él es luz

instante

suspendido

en la columna

del templo

del tiempo

que se devora

a sí mismo

de blancura.

XV

El futuro
para poder
conocerse
tiene que
existir
en alguna parte.

El futuro
cognoscible
es el divino

Sol
que mira
suspendida
entre el éter
y la tierra
enterrada
encerrada
a la antigua
doncella.

XVI

Ella no quiere
el futuro
ni quiere
saberlo
ni los libros
quiere
ni el abrazo
del Sol
su enamorado
antiguo.

XVII

Pero Apolo llega
puntual
como siempre
después
de la noche
y penetra
hasta el último
rincón
de la cueva
y acaricia
con sus manos
de oro
la jaula
y se introduce
solar
risueño
hasta donde
ella
quiere
y quiere
morir.

Entonces,
se apiada.

Brilla
ilumina
devora
la jaula.

Ya es polvo
la débil
madera
y pronto,
muy
pronto,
también
será
polvo
su hermana
la blanca
y dorada
futura
y pasada
Cumana.

XVIII

Ella

siente quebrarse

su cuello

apagarse

su voz.

Su sangre

¿tiene sangre

todavía?

Su sangre

escapa

en estampida

hasta el remoto

pasado

pozo de luz,

allá en Cumas.

Y llega toda

a la blanca

columna

del principio

heridos

sus ojos

de luz.

Cumana
terminó
de imprimirse
en pdf
en la Ciudad de México
en junio 2009.

